

MEMORIAS

LOUIS ARMSTRONG

Ilustración: Hermenegildo Sábat

LOUIS ARMSTRONG VIO PUBLICAR DOS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS: *SWING THAT MUSIC* (NUEVA YORK, 1936) Y *SATCHMO: MY LIFE IN NEW ORLEANS* (NUEVA YORK, 1954). ESTE ÚLTIMO TÍTULO, POR LA JUGOSIDAD Y DESENFADADO DEL LENGUAJE -QUE DE ALGÚN MODO PARTICIPA DE LA ESPONTANEIDAD DEL PRIMER JAZZ- TUVO UNA EXCELENTE ACOGIDA; TAMBIÉN POR CENTRARSE EN UN PERÍODO Y UNA CIUDAD POCO MENOS QUE MÍTICOS EN LA HISTORIA DEL JAZZ, SOBRE LOS QUE “DIPPER” APORTA DATOS IMPAGABLES.

AÚN CUANDO EL TEXTO QUE AHORA SE RECUPERARA SE LIMITA A ALGUNOS EXTRACTOS, SE HA PROCURADO HILARLOS CON LA SUFICIENTE CONTINUIDAD COMO PARA DAR SENTIDO AL RELATO, TRATANDO DE RECOGER LOS EPISODIOS MÁS RELEVANTES E INTENTANDO PRESERVAR LA FRESCURA DEL ESTILO.

CON INDEPENDENCIA DE QUE SE AJUSTE O NO A LA REALIDAD LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ARMSTRONG, CUALQUIER PRETEXTO ES INTRÍNECAMENTE BUENO PARA CONTAGIARNOS DE LA INEXTINGUIBLE VITALIDAD DE “SATCHMO”: A TRAVÉS DE LA MÚSICA O, COMO EN ESTE CASO, DE LA ESCRITURA.

Satchmo

MI VIDA EN NUEVA ORLEANS



A los cinco años aún no había empezado a tocar la corneta ni la trompeta, pero esos instrumentos tenían algo que me llamaba la atención. Cuando iba a la iglesia y también cuando me incorporaba a la "segunda línea" -o sea, a los espectadores que seguíamos las bandas de música por las calles- empecé a escuchar atentamente los distintos instrumentos, procurando fijarme en lo que tocaban y cómo lo hacían. Así es como aprendí a apreciar la diferencia entre Buddy Bolden, King Oliver y Bunk Johnson. De los tres, Bunk Johnson tenía el sonido más bonito, la mayor imaginación y el sentido de expresión más suave.

Por aquel tiempo los amigos me llamaban "Dipper". "Dipper" era mi apodo, diminutivo de Dippermouth y derivado de la pieza titulada *Dippermouth blues*.

Los días entre Navidad y Año Nuevo se celebraban alegremente en Nueva Orleans con procesiones iluminadas por antorchas y disparos de cohetes. En aquellas fechas disparábamos escopetas y pistolas o cualquier otra cosa ruidosa a fin de hacer el mayor estruendo posible. Claro está que las armas no estaban permitidas y habíamos de vigilar que la policía no nos echara el guante. Eso fue precisamente lo que me sucedió y en realidad de ahí aprendí a tocar la corneta.

Como de costumbre paseábamos por Rampart Street, cantando y ocupándonos de nuestros propios asuntos, cuando de repente, desde el otro lado de la calle, un muchacho sacó una pistolita de seis tiros y la disparó.

- Contéstale, Dipper- dijo mi pandilla.

Sin vacilar, saqué el revólver de mi padrasto y disparé al aire.

Algo más lejos volví a sacar el revólver y nuevamente disparé al aire, con gran sobresalto de mis compañeros. Acababa de disparar el último tiro cuando un par de brazos fuertes me sujetaron por detrás. Me llevaron a la Prevención Juvenil y después terminé en el orfanato.

No tenía la menor idea de lo que era un orfanato, pero terminé convirtiéndome en el chico más popular. Un día los padres del joven cornetista de la banda del orfanato consiguieron su indulto y vinieron para llevárselo a casa. En cuanto se fue, mister Davis, su director, me dio su plaza. Cogí la corneta e inmediatamente empecé a darle brillo.

Me sentí muy orgulloso de mi condición de cornetista. Me mantenía muy derecho y apoyaba displicentemente la corneta contra mis labios y soplaba unas tonadas verdaderamente melodiosas. Todo el lugar parecía haber cambiado. Mister Davis quedó tan satisfecho de mi forma de tocar que me dio una corneta y me enseñó *Home, Sweet Home*. Yo estaba en la gloria. A menos que estuviera soñando, mi ambición se había cumplido.

Diariamente me ejercitaba con toda fidelidad durante la lección de mister Davis. Me convertí en un cornetista tan bueno que un día mister Davis me dijo:

- Louis, le voy a hacer director de la orquesta.

En Nueva Orleans los funerales son tristes hasta que el cuerpo es depositado en la tierra y el Reverendo dice: "Polvo eres

y en polvo te has de convertir." Cuando el muerto está ya a dos metros bajo tierra la banda empieza a tocar una de aquellas tonadas alegres, por el estilo de *Didn't He Ramble*. Todo el mundo se olvidaba de sus preocupaciones. Especialmente cuando King Oliver tocaba la última parte en tonos agudos. En cuanto la orquesta empezaba a tocar, todo el mundo bailaba de un lado a otro de la calle...

Lo que más apreciaba al poder ir a Storyville sin que los policías me molestaran, era el cabaret de Pete Lala. Allí era donde Joe Oliver tenía su orquesta y donde desencadenaba verdaderas tempestades tocando la corneta. Harry Zeno, el baterista más conocido de Nueva Orleans, tocaba con él en aquellos tiempos.

Había otros miembros de la banda de Joe Oliver cuyos nombres se han hecho legendarios en el terreno de la música. Nunca podrán ser reemplazados, y lo digo de todo corazón. Se trata de Buddy Christian, guitarrista (también se destacaba tocando el piano); Zue Robertson, trombonista; Jimmie Noone, clarinetista; Bob Lyons, que tocaba el contrabajo, y por último el más importante, Joe Oliver, corneta. Fue la mejor orquesta de jazz que actuó en Nueva Orleans entre 1911 y 1917.

Harry Zeno murió a principios de 1917, y su entierro fue el mayor que jamás se le ha hecho a un músico. Poco después se empezó a hablar de clausurar Storyville. Algunos marineros con permiso sostuvieron una riña en la que murieron dos de ellos. La Marina declaró la guerra a Storyville y a pesar de que yo no era más que un niño comprendí que aquello era el final. La policía empezó a hacer incursiones por los burdeles y los cabarets. Todos los chulos y jugadores que deambulaban por los alrededores de la plaza Twenty Five mientras sus mujeres trabajaban, fueron conducidos a la cárcel. Fue un triste espectáculo ver como la ley expulsaba a toda aquella gente de Storyville. Recordaba una caravana de refugiados. Algunos de ellos habían vivido siempre allí; otros, jamás habían conocido otra clase de vida. La mayoría de los chulos tuvieron que ponerse a trabajar, excluyendo a unos pocos privilegiados.

Una nueva generación estaba a punto de imponerse en Storyville. Mi pandilla hubo de ponerse a buscar nuevas diversiones.

Kid Ory y Joe Oliver se asociaron, formando una de las mejores bandas de jazz que han existido en Nueva Orleans. Solían tocar en un furgón para anunciar un baile u otros espectáculos. Cuando se encontraban en una esquina con otra orquesta que estaba en otro furgón, Joe y Kid Ory echaban el resto. Tocaban toda la música loca que llevaban dentro y la muchedumbre deliraba.

Storyville tenía para mí toda clase de emociones. Podía oír música en todas las esquinas.

¡Y qué música más buena! La que a mí me gustaba. Daba todo mi salario -lo poco que ganaba- para ir a Storyville. Parecía como si todas las bandas se llamaran mutuamente a trompetazos. ¡Y Joe Oliver! ¡Aquel hombre me tenía hechizado con su corneta!

Un día un director de orquesta pelirrojo, llamado Fate Marable, vino a visitarme. Durante dieciséis años había estado tocando en el vapor de recreo Sydney. Era un gran pianista y también tocaba el calliope (un órgano que funciona con vapor) sobre la cubierta del Sydney. Cuando el barco estaba a punto de salir del muelle y emprender una de sus excursiones a la luz de la luna, Misisipí arriba, Fate se sentaba ante su calliope y tocaba locamente hasta casi hacer saltar las teclas. Sin lugar a dudas era un gran músico. Cuando me pidió que me uniera a su orquesta me agarré a la oportunidad que se me ofrecía.

En 1921, último año que estuve en el barco, entré a trabajar en el cabaret de Tom Anderson, en la calle Rampart, entre Canal e Iberville. Era el trabajo más elegante del mundo. Sólo los ricos propietarios de caballos de carreras iban al establecimiento de Anderson. Gastaban muchísimo y nos daban propinas espléndidas para que tocáramos para ellos y sus amigas. Encargaban comilonas y apenas las probaban. Como era muy amigo de los camareros negros, sacaba tajada de aquello. Cuando pasaban ante el tablado de la orquesta con los restos o las botellas vacías, me miraban y yo les hacía un guiño convenido. Durante el intermedio iba directamente a la cocina y me encontraba con un banquete que me estaba aguardando. ¡Qué comidas aquellas! Los mejores filetes, pollos, chuletas y muchos otros platos exquisitos. Me sentía muy importante comiendo aquellos manjares delicados...

Hacia finales de 1921 me convertí en un miembro permanente de la fanfarria Tuxedo, dirigida por el trompetista Celestin. Me sentí muy orgulloso. Además, también realicé una de mis mayores ambiciones: tocar como segundo cornetista con el gran y único Joe Oliver, al que habían bautizado "King" tras haber alcanzado una fama magnífica en Chicago en 1918.

En el año 1922 me había vuelto tan popular, gracias a tocar en la banda de Kid Ory y en la charanga Tuxedo, que también yo podía ir donde quisiera sin que me molestaran.

Joe Oliver había salido de Nueva Orleans en 1918 y por aquel tiempo estaba en Chicago gozando de un merecido éxito. Seguía enviándome cartas y telegramas en los que me decía que me reuniera con él para tocar como segundo cornetista. Después de haber tomado toda clase de precauciones acabé aceptando la oferta de Joe. El día que salí hacia Chicago toqué en un entierro que tuvo lugar en Algiers. Era el 8 de agosto de 1922.

Al finalizar el entierro corrí a mi casa, lié el petate y me precipité hacia la estación central de Illinois para tomar el tren de las siete de la tarde. Cuando el revisor gritó: "Señores pasajeros al tren", yo les dije a los camareros:

-¡Claro, amigos! ¡ Voy al norte a tocar con mi ídolo, con Papa Joe!...

**carmen
cdcenter**

NUEVAS SECCIONES

Próximamente

www.carmencdcenter.com
ÁREA CLÁSICA

La selección más rigurosa
para el melómano más exigente

Las mejores versiones
Música sinfónica,
de cámara,
coral,
Ópera

en

carmencdcenter.com